



50 años de la Casa de las Américas

Siete teatristas latinoamericanos cercanos al quehacer de la Casa –parte de los miles de intelectuales y artistas que han sostenido su labor a lo largo de estas cinco décadas–, envían su mensaje de felicitación y aliento, evocan momentos y figuras de la cultura de Nuestra América y, sobre todo, expresan desde sus perspectivas, la fe en la continuidad de una institución que no es un edificio ni un equipo de trabajo, sino la fuerza creativa, antimperialista, martiana y bolivariana de un continente, traducida en imágenes, metáforas y símbolos.

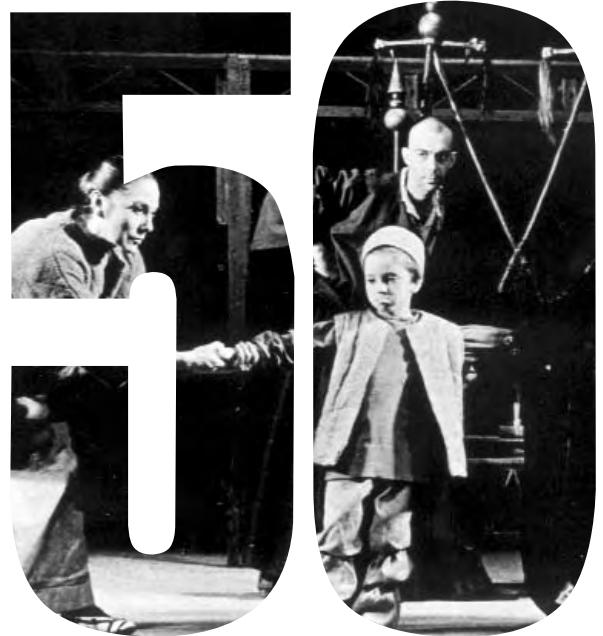
Rico ha sido el trayecto de la Casa. Ugo Ulive

Llegué a ella por primera vez a fines del 60, cuando llevaba poco más de un año de nacida. Allí estaba Haydee, trémula, atenta e insustituible, heroína de la Revolución ganada para el trabajo cultural, lujo que muy rara vez puede permitirse un país. Ese mismo día, recorriendo las salas de su sede de siempre, me encontré, para mi asombro, con el gran Ezequiel Martínez Estrada, con su cráneo potente y su cuerpecito frágil. Estaba sentado ante una mesa, leía y anotaba; me confió que se dedicaba a estudiar con deslumbrada atención los escritos políticos de Martí.

Con el correr del tiempo fueron llegando otros, muchos otros que confirieron a la Casa su atmósfera de babel latinoamericana, un lugar donde uno podía escuchar acentos muy distintos en boca de mujeres y hombres reunidos allí con los mismos propósitos: rescatar la autonomía cultural de nuestra América, luchar contra la perniciosa balcanización que tanto nos aísla, convertirse en eficaz caja de resonancia para el quehacer de los auténticos creadores, ser el lúcido vaso comunicante de todo un continente.

Y lo logró. Mediante los concursos, en los que surgieron muchos nombres nuevos y se consolidaron famas bien ganadas, y también a través de las variadas publicaciones, la imprescindible

El círculo de tiza caucasiano, dir. Ugo Ulive.
Foto: Archivo Revista *Conjunto*



revista, los encuentros, la franca confrontación de las ideas. Además de mantener una actitud alerta ante los intentos de propugnar y defender intereses espurios y serviles, siempre disfrazados de inocencia.

Hubo muchas cosas más, y sólo destacaré una que me resulta más cercana: la aparición de la revista *Conjunto*, empeño soñador del inolvidado Galich, una publicación que fue hallando su voz propia gradualmente, y que en los períodos más difíciles siguió viva gracias a la solidaridad de los teatristas de países hermanos.

Son cincuenta años vividos con intensidad, entrega y eficacia. Y serán muchos más, estoy seguro, mientras el sueño de un mundo mejor siga presente.

Caracas, República Bolivariana de Venezuela

Conjunto o cómo navegar el archipiélago. Hiber Conteris

Hace algo menos de cuarenta años, exactamente en 1970, el dramaturgo y escritor chileno Jorge Díaz, refiriéndose a la situación cultural de los países latinoamericanos, sugirió que cada una de nuestras naciones constituía por sí misma una isla separada de sus países vecinos, de modo que, más que un continente organizado, la América Latina simulaba un archipiélago.¹

No creo que Díaz ignorase, a esa altura, la existencia de la revista *Conjunto*, como tampoco la labor que la Casa de las Américas venía realizando sistemáticamente desde su fundación a través de sus concursos literarios (en los que el teatro como literatura dramática figuraba entre los géneros concursantes), festivales teatrales, talleres, coloquios, encuentros de escritores y demás actividades, como forma de crear una red de vasos comunicantes que trascendiera la histórica fragmentación cultural y en cierto modo también social, política y económica de los países latinoamericanos. La revista *Conjunto*, en particular, fundada en 1964 por el recordado dramaturgo e historiador Manuel Galich durante la fecunda gestión que llevara a cabo como miembro del *staff* de la Casa, tuvo como propósito específico divulgar tanto los textos dramáticos como los trabajos teóricos y la crítica teatral de escritores e investigadores a lo largo y a lo ancho de todo el continente, sin excluir ni rehuir aquellos aportes críticos y literarios que pudiesen venir del extranjero. En 1970, cuando Jorge Díaz publica su artículo en *The Drama Review*, la Revolución cubana y los acontecimientos y organizaciones culturales que surgieron de esta revolución llevaban ya diez años de existencia, pero no creo que pueda imputársele a Díaz el desconocimiento de este hecho, sino que su reflexión no hacía más que reconocer, una vez más, el atávico aislamiento resultante de la balcanización de las naciones latinoamericanas y los infructuosos esfuerzos que las mismas naciones habían realizado hasta el momento para superar su propio hermetismo. Cuba fue la excepción.

Desde mi perspectiva personal, el mayor descubrimiento del impacto que la Revolución cubana tuvo en el ámbito cultural latinoamericano fue mi participación en el Congreso Cultural de la Habana del año 1968 y los episodios que sucedieron a ese acontecimiento. El Congreso como

¹ Jorge Díaz: "Reflections on the Chilean Theatre", *The Drama Review*, v. 14, n. 2, Invierno 1970.

tal, inaugurado el primer día del año, aniversario del triunfo de la revolución, constituyó sin duda el mayor y más significativo encuentro de intelectuales latinoamericanos y norteamericanos, así como de los restantes continentes del mundo (había delegados de Europa, Asia y África) reunidos para deliberar sobre un aspecto específico y medular de la sociedad contemporánea: la forma de superar nuestras divisiones y límites geográficos y culturales, y cómo reaccionar frente a la embestida e incontenible penetración de los medios y recursos propagandísticos que contaminaban nuestra endógena producción cultural, imponiéndonos, subliminal o liminalmente, los modelos, símbolos, arquetipos e íconos de las culturas hegemónicas. Ese congreso, por lo tanto, fue un punto de partida para afirmar nuestra identidad cultural latinoamericana, así como para tomar conciencia de nuestra pertenencia y problemática común tercermundista frente a la presión de las superpotencias coloniales e imperialistas.

Ese mismo año, la revista *Conjunto* publicó mi obra *El asesinato de Malcolm X*, que había obtenido una mención especial en el concurso literario de Casa de las Américas en su edición anterior, hecho que facilitó la divulgación de la pieza y consecuentemente su puesta en escena en mi propio país, Uruguay, así como en Chile, Checoslovaquia, Polonia y alguno más, Cuba incluida, donde el elenco del Teatro del Tercer Mundo, hasta donde llega mi información, representó la obra por lo menos durante dos temporadas seguidas en los años 1969 y 1970. Al finalizar el Congreso Cultural de La Habana,



Onetti ante el espejo,
Teatro Circular
de Montevideo,
versión teatral
de Hiber Conteris.
Foto: Jorge Luís Baños

Casa de las Américas me invitó a participar como jurado en el género teatro del concurso a realizarse ese año, y eso me permitió convivir durante varias semanas con un grupo de destacados intelectuales (no sólo hombres de teatro, ya que los miembros del jurado de los diferentes géneros literarios actuábamos simultáneamente y compartíamos el mismo espacio, las comidas y los viajes) entre los que se contaban nombres como Max Aub, Jorge Semprún, José María Arguedas, y en un lugar destacado, tanto por su valor intelectual como por su dimensión humana, el propio Manuel Galich, fundador de la revista *Conjunto*.

La revista, junto a la incesante actividad desplegada por la Casa de las Américas en todas sus fases, ha sido y sigue siendo, tal como he querido expresarlo en el título elegido para estos breves comentarios, el instrumento más eficiente para “navegar” el archipiélago latinoamericano e incluso más allá, las procelosas aguas de los mares del mundo. Por circunstancias que no viene a cuento recordar aquí, pero tienen que ver con los ocho años que pasé en prisión por mi militancia dentro del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y la inmediata oportunidad que se me dio al recuperar la libertad (gracias a la ley de amnistía para todos los prisioneros políticos que se sancionó al retorno de la democracia en el

Uruguay), pasé veinte años de mi vida enseñando en tres diferentes universidades de los Estados Unidos. Desde setiembre del 2006, ya jubilado, me radiqué nuevamente en mi país. Durante esos años de enseñanza en territorio extraño (las “entrañas del monstruo” del que hablara Martí), no pude dejar de admirar la importancia que se le daba a la enseñanza del teatro de la América Latina en los departamentos de español y portugués, como también en los centros de estudios culturales y/o específicamente estudios latinoamericanos de las universidades de los Estados Unidos. El interés por nuestro teatro, tanto desde el punto de vista de la dramaturgia como de la representación escénica, se ve reflejado en los incontables estudios publicados sobre el tema, libros, revistas especializadas e innumerables artículos y ensayos dispersos que sería largo catalogar aquí. La revista *Conjunto*, así como otras publicaciones de la Casa de las Américas, particularmente la revista *Casa*, resultaron, en ese medio, recursos indispensables para navegar ya no únicamente el archipiélago latinoamericano, sino el ancho océano ideológico y cultural que puede separar a América Latina de la América anglosajona y, sin duda alguna, del resto del planeta.

Larga vida a *Conjunto* y a la institución que le diera vida y la ha seguido alentando durante estos largos y fecundos años.

Evocación de Haroldo. César Brie

¿Cómo festejarlo? Rehuimos decir palabras que suenen a elogios porque tememos los elogios. Nuestro trabajo es la crítica, la poesía, las palabras que descubran verdades a través de la belleza.

Y esa verdad ¿qué es? Como decía Pasolini: “es esa cosa que está dentro de ti, pero que si la nombras desvanece”.

Entonces, aquí va un recuerdo de juventud para recordar la Casa de las Américas. La devoción, la conmoción con que leí el libro de Haroldo Conti, *Mascaró, el cazador americano*, premiado por la Casa de las Américas. Poco después, Haroldo fue asesinado, su familia destruida. Ese hombre que supo conversar con árboles, descubrir al primer aviador del universo en la Pampa, inventar un circo que daba espacio a un anciano cuyo sueño había sido ser trapecista, devorado por la violencia política en su misma tierra. Creí entonces, que no le perdonaron a Haroldo el premio que la

Casa de las Américas le había otorgado. Quiero festejar entonces sus cincuenta años, recordando con ustedes a Haroldo Conti, a quien extraño.

Teatro de los Andes, Bolivia



Ubú en Bolivia,
dir. César Brie.

Foto: Giandomenico Tono

La Casa cumple 50 años. Reynaldo Disla

Es difícil imaginarse el panorama literario de la América Latina y el Caribe en los últimos cincuenta años sin la existencia de la Casa de las Américas, la imagen de esta carencia sería un enorme vacío, un inmenso agujero negro. La Casa de las Américas y su prestigioso premio han transformado el destino literario de valiosas obras latinoamericanas y caribeñas y logrado el reconocimiento de sus autores a quienes el galardón ha servido de estímulo y de certificado de talento y calidad.

A pesar de las barreras comunicativas impuestas por el bloqueo económico, esta institución triunfa en todas las áreas culturales en las que incursiona, imprimiéndoles un sello notable de calidad. El rigor, el espíritu selectivo, la impronta humanista y revolucionaria, la voluntad y persistencia de cumplir su misión, son algunas características que marcan la excelencia del trabajo colectivo de la Casa de las Américas durante cincuenta años.

Respecto al Teatro, afirmo que los más sobresalientes creadores han estado ligados a esta institución latinoamericana y caribeña con sede en La Habana. Para Osvaldo Dragún, Manuel Galich, Emilio Carballido, Enrique Buenaventura y colectivos como La Candelaria y otros grupos y dramaturgos emblemáticos latinoamericanos, forma parte esencial de sus biografías el impulso que, a través de la Casa de las Américas, recibieron sus obras y pensamiento dramático.

Es un acontecimiento vivencial muy fuerte, para muchos creadores, recibir, leer y hasta oler las páginas de las publicaciones de la Casa de las Américas. El olor de las revistas *Casa* y *Conjunto* formaban parte del disfrute de su lectura. Eran y son, estas revistas, junto a los *Anales del Caribe* y las demás publicaciones, una fuente privilegiada de actualización sobre el quehacer cultural de la América Latina y el Caribe.

No estuve consciente de la magnitud del Premio Casa hasta cuando lo obtuve en 1985, y oí decir al profesor Juan Bosch que este Premio era el equivalente al Nobel de Latinoamérica y el Caribe. De verdad que el Premio se convierte en un segundo apellido de los autores que lo ganan, y así te presentan: “Fulano de tal, Premio Casa de las Américas”. Una anécdota: el día que lo gané mi hermano Frank Disla y un amigo me invitaron a una fiesta al Bar-restaurant Don Guillermo, para celebrarlo; por más que le explicaron al locutor del



Dos pasos de paz, dos pasos de guerra, de Reynaldo Disla, La Empresa Humana. Foto: Ludovico

local, él insistía en que lo que se festejaba esa noche era que yo me había ganado, en un sorteo, una casa en la Avenida Las Américas en Santo Domingo, y pedía que me aplaudieran.

La primera vez que vi el edificio de la Casa de las Américas me pareció un templo, recuerdo su patio, la galería de arte, la biblioteca, los salones y la gente amable, cada una era una enciclopedia en su área. Tuve la oportunidad de ser jurado del Premio Casa en el reglón de teatro, y pude comprobar la metodología ejemplar con las que cinco teatristas miembros del jurado íbamos seleccionando las mejores obras, hasta encontrar la de mayor excelencia de acuerdo a la importancia y relevancia del Premio; los jurados en total concentración, retirados en Cienfuegos o en La Habana, dedicados a evaluar los textos dramáticos concursantes, que eran más de ciento veinte en aquella convocatoria de 2007.

Sobre el conocimiento e intercambio entre escritores, artistas, investigadores, la Casa de las Américas ha sido el centro para el encuentro, propiciando el mutuo conocimiento y reconocimiento de autores importantes, muy conocidos en sus países, pero totalmente desconocidos, ellos y sus obras, en los demás países latinoamericanos y caribeños.

Vaya mi felicitación a la Casa de las Américas en sus bodas de oro con la cultura, mis congratulaciones a su actual presidente, el poeta Roberto Fernández Retamar, mi reconocimiento a la Revolución cubana en cuyo marco nació y

creció la Casa de las Américas, y un tributo emocionado, dirigido a los infinitos espacios de luz, a su fundadora Haydee Santamaría.

Santo Domingo, D.N., 9 de enero de 2009

Ciudad de México, 24 de enero de 2009

Querida Casa de las Américas:

Los primeros habitantes nunca se imaginaron que este continente en algún período de su historia se llamaría América, un nombre europeo para una tierra con tantas lenguas originales.

¿Cómo se nombra un continente? ¿Quién le pone nombre? ¿Cómo se llamó este continente para sus pueblos originarios?

No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que un país al norte del continente se apropió de ese nombre y se autodenomina América. Sin ningún pudor oímos a los estadounidenses decir “*God Bless America*”, refiriéndose únicamente a su país. Ya ni siquiera se dan cuenta de que ninguna de las tres palabras se sostiene:

1. Lo más probable es que dios no exista.
2. Está claro que no son unos benditos y
3. América es el nombre en todo caso de muchos países más.

Sin embargo lo seguimos oyendo, como una expresión de desprecio imperial.

¡Qué culpa tenemos todos los demás de que a los Estados Unidos de Norteamérica en doscientos años, no se les haya ocurrido ningún nombre propio!

Nuestra tierra ha sufrido siglos de colonización, despojo y explotación, y también como respuesta, infinidad de movimientos de resistencia. Si todos tuvieran el éxito de la Revolución cubana, tal vez llegaría el día en que las culturas originarias de este lado del mundo podrían expresarse a plenitud y aportar al planeta todo lo que tienen que aportar, como su especial relación con la naturaleza y con la vida.

Todo esto viene a cuento para celebrar los cincuenta años de Casa de las Américas y su revista *Conjunto*, donde se ha construido un espacio de expresión libre para las artes y los artistas. Casa de las Américas, un nombre colectivo, un proyecto para todos, un techo para el continente entero.

La Revolución cubana nos enamora cada día y como artistas, no hay nada más placentero que

El Maíz, Las Patronas. Foto: Julio Alvite



actuar ante un público, inteligente, ilustrado, divertido y propositivo; algo inexplicable que ocurre en Cuba y que sólo se comprende cuando se ha experimentado.

La Revolución cubana, el trabajo de Casa de las Américas, la importancia de la revista *Conjunto* están en los ojos, en el corazón, en la risa y en la inteligencia de los cubanos, un pueblo que sabe que en esta tierra o cabemos todos o no quedará ninguno.

¡Felices cincuenta años y los que vienen!

Jesusa Rodríguez y Liliana Felipe

Yo te saludo y bendiciones, Casa de las Américas

¡Moforibale y Aché, Casa de las Américas, por existir y ser cada vez más bastión inexpugnable de la razón y la bondad!

La emoción impone en estos instantes donde la Casa de las Américas dejó de ser una utopía para convertirse en una realidad incuestionable.

La presencia sistemática de los más representativos escritores, artistas e intelectuales, no tan solo de Latinoamérica y el Caribe, sino también de todos los países del mundo, la calidad literaria e ideológica de sus emblemáticas revistas, cuyo objetivo fundamental es defender la identidad cultural de los pueblos, la publicación de libros de todos los géneros literarios, coloquios, conferencias y toda proyección artística y cultural que durante cincuenta años ha promovido innovadoras

ideas dentro del panorama cultural del continente, es representación genuina del quehacer de un gran aliento poético estimulante, lo cual hace imprescindible su existencia; existencia que ha sido y es, en gran medida, mi razón de ser como escritor, que ha aportado mucho a mi carrera como creador, como soñador de sueños casi imposibles, y como ser humano, lo cual me hace sentir un hacedor privilegiado en este momento histórico que me ha tocado vivir. Estamos viviendo momentos muy difíciles. Tenemos que ser más fieles con nosotros mismos y con nuestros semejantes, donde quiera que estemos y en cualquier situación o circunstancia en que nos encontremos.

¡Moforibale y Aché, Casa de las Américas, por existir y ser cada vez más bastión inexpugnable de la razón y la bondad!

Eugenio Hernández Espinosa

